



LA POESÍA DE MAHFUD MASSÍS

Ubicada en el contexto de su generación, la del '38, la poesía de Mahfud

Massís —muerto recientemente en Venezuela— particulariza

un espacio de extraordinaria singularidad. Se trata de una hazaña personal

impulsada desde una profunda convicción que de algún modo se relaciona

con sus orígenes ancestrales.

Manuel Espinoza Orellana

El discurso de Massís irrumpe horadando la piel del significado, enfatizando su proyección, cincelando sombras, abriendo túneles hacia lo más oscuro de una orilla impenetrable, quizá vislumbrada pero desconocida, supuesta apenas como un posible lugar en que todos los principios están en gestación, y luego nacen mordidos por la fatalidad, untados, empapados por el óleo de la irredención: *Soy Mahfud Massís, el Esclavo, / el herejarca de piel negra, / el loco, el desertor, el papasnatas helado bajo la nieve.* (Poema 3 de *Elegía bajo la tierra*). El hablante se manifiesta a través del poema como una imagen tallada por el signo en lo más trágico. Su lenguaje rompe toda relación con la generalidad del discurso poético practicado en su tiempo en Chile y en el continente.

La adversidad del existir

El significado juega un rol preponderante en la estructura de sus poemas. Es la forma que plasma su universo, y lo hace, de un modo consciente, demoledor y cáustico, congrega en la frase los vocablos más ácidos y corrosivos al mismo tiempo que aluden de manera más inequívoca a un mundo lejano en que se debate cierto origen oscuro. Y es lo que caracteriza su escritura de poeta ancestral, descendiente de acervos orientales, sustentador de creencias milenarias que ahondan culturas en que el misterio de la muerte otorga infinitas formas de relación con un más allá, límite en que todo pareciera posible, pero del que emana fatalmente la adversidad del existir.

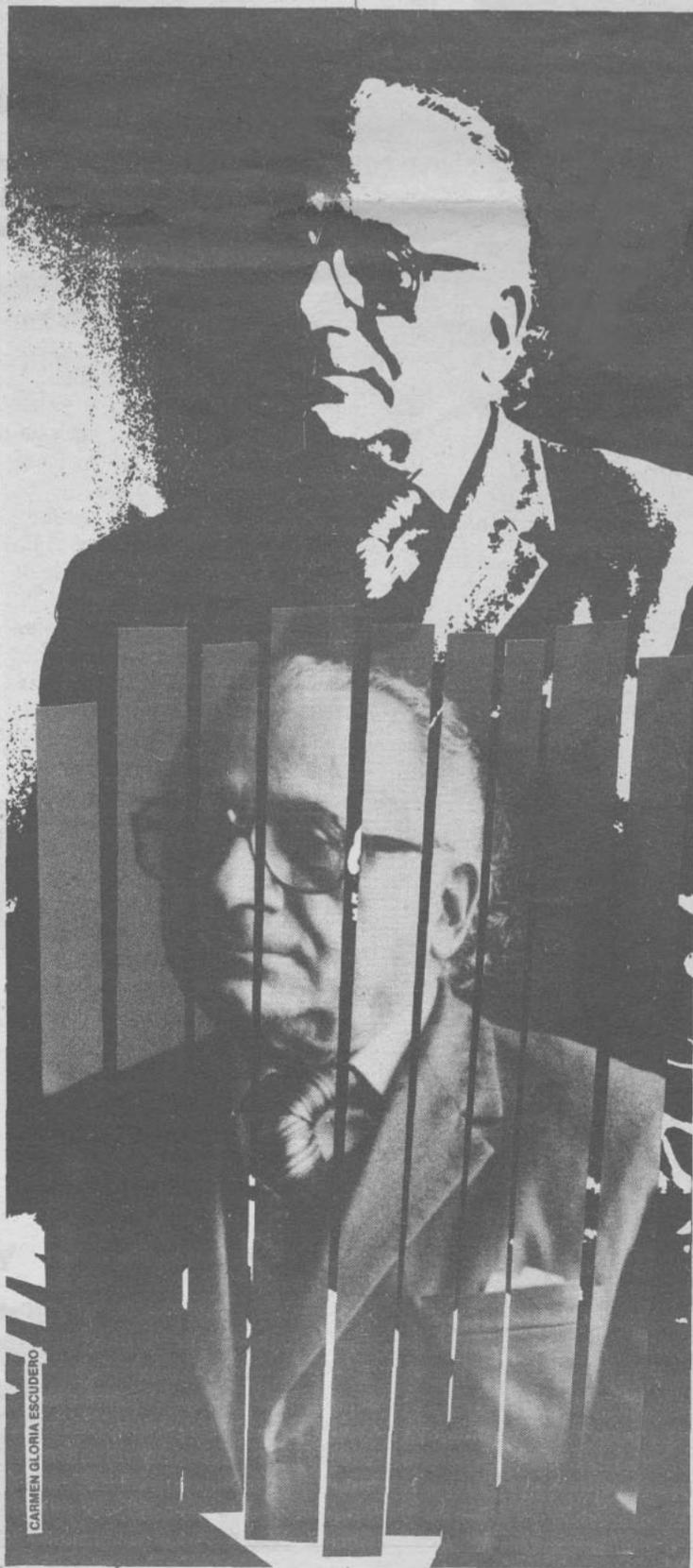
De ese mundo de valores trascendentales, amparadores de penumbras inciertas, de estremeedoras visiones, surge la escritura de Massís. Y vista hoy, en la pers-

pectiva de la poesía continental, podemos concluir que se trata de una imagen válida en sí misma por sí misma.

Si la comparamos con la mejor poesía hecha en Chile por miembros de su generación, quizá tendríamos que descubrir que esta comparación es imposible en cuanto pretendiéramos extraer un juicio de valor por diferencias de significación estética. Las correlaciones que pudieran aplicarse se hacen marginales a la elaboración de sus textos. Su obra es de cierta manera una isla, sus relaciones colaterales con la poesía del momento, de su momento de acción, se muestran verticalmente cortadas, es decir, no se acusa un circuito de influencias ni el trasfondo de una inquietud inmediata por reflejar la condensación de su entorno visiblemente expuesta.

La asimilación de una cultura poética universal está en él nutrida y convertida en propiedad personal que su fuerza interior transmuta. Desde allí surge un lenguaje inconfundiblemente personal. Es por consiguiente un universo verbal que no entraña una inscripción en las formas de una cierta inmediatez geográfica y social, no es reflejo de un sistema de relaciones asignable a una interpretación y valoración continental. Y con esto no estamos formulando la idea de que tendría que serlo necesariamente así. Por el contrario, creemos que no existe esa necesidad, y que tal vez lo continental es sólo una manera de estar en lo universal de la conciencia, la que no resiste límites arbitrarios.

Así Mahfud Massís tampoco obedece ciegamente a sus ancestros, si bien demuestra que están en su ser con la nitidez de una memoria atávica. Y su escritura —podríamos decir— simula la conformación ineludible desde la que el signo fragua las traducciones de un sentimiento de apetencias ancestrales. La continentalidad del



CARMEN GLORIA ESCUDERO

poeta, esa segunda opción otorgada a la descendencia, reside en su conciencia como un hecho de haber nacido, de vivir y aun de morir, y esta realidad, sustrato ineludible, no niega la condición esencial de los atavismos pervivientes. Massís, consciente de esa heredad, la usa legítimamente y organiza con ella el mundo de una ancestralidad que adquiere en la escritura la formas de un teatralidad dramática y conmovedora. Es la inquietud que sedimenta el signo originando una visión de fuertes tonalidades reminiscentes: *Mis bestias de amianto/ buscan el valle del emir que vive con un pulmón de cisne. / Bebido estoy del vino del nadir, el vino armado/ de recuerdos y de lanzas.* (*Biografía infinita*). Al singularizarse, este lenguaje se propone como una superficie para ser descifrada en tanto forma estética conscientemente estructurada.

La soledad universal de lo humano

El poeta es, fue hombre de nuestro tiempo, existió formándose, latiendo en un pedazo de Hispanoamérica, reflejando un paisaje urbano que le imponía su cotidianidad, realizando una acción civil, política, comunitaria en que asumía conscientemente, preocupadamente su condición ciudadana. Desde esta definición, su escritura poética, de una independencia neta de ese contexto, desraizada de toda sedimentación que pudiera traducir la inmediatez de lo contingente, es, no puede ser más que un hermoso juego de los signos, no puede ser menos que eso, un modo de interrogación lúdica a un origen perdido en la lejanía de una territorialidad ausente: *A veces me pregunto de qué pecho de virgen he mamado, / en qué oscuro rincón del bosque negros de becerros concertaron mi venida, / en qué instante la eternidad sorteó mi nombre.* (*Los cerrojos*, de *Las bestias del duelo*).

Es una manera de ir organizando el discurso, convocando signos como trozos de sueños petrificados, imágenes surgiendo de un abismo horadado por la duda, ahondado por una febril obstinación de encontrar la fuente de una identidad que se pierde entre las sombras del tiempo: *¿Hacia dónde cavais, desventurados mineros? / Ya no queda más luz / y las vacas han parido tres veces sobre vuestras tumbas* (*Gehenna*).

Massís desarrolla su universo poético y lo inscribe en una zona del lenguaje en que por fuerza adquiere una identificación singular. Nos remite a un clima de evocaciones que percibimos como una lejana recordación histórica: esos signos imantan antiguas consagraciones, pregenies de una verbalidad que concitó, proclamó creencias que la conciencia de una época distinta hacía vivir, asociaciones en cuyo seno nace la visión de amores

irredimibles, de existencias condenadas, dimensiones, fragmentos de imágenes perdidas en oscuridades invencibles: *Oh, terrible mansión — pelo de lobo, / perturbadoras murallas — ; / su tierna cabeza de cobre, en medio de la tierra invisible, / no responde, / sólo agrios insectos golpean el rostro del extranjero. (Poema 17).*

Es en cierto modo la revivencia de un sentir gótico sirviendo a la recreación, exponiendo quizá un factor de analogizaciones por el cual el ludismo se torna dramático en su desciframiento al acercarnos a cierta soledad universal de lo humano, condición que el hombre en sus febriles motivaciones exteriores suele negar obstinadamente. Pero es sólo un juego, una manera de envolvernos en la atmósfera de esta poesía que corroe e inquieta, si nos adentramos voluntariamente en el claroscuro de sus relaciones, y atri-

buiamos al signo la apertura de una más allá en el que son factibles todos los desciframientos, en cuanto ninguno es en sí definitivamente exacto.

He allí un fuego sagrado que lame la palabra, la enciende, le otorga acentos de credibilidad e impone un dramático hacer dentro del ludismo de la creación estética: *Entre derruidos dioses / bebo el vino de amatista del desesperado. / El ojo como un pájaro de sangre resplandece, / y bajo el brazo y su insecto alucinante surgen los antepasados, cargando una ampolla negra. (Poema 5).* Está en él la elección de sus "significantes", orientados a sugerir, en su enlazamiento, un resultado penumbroso, de tormentosas visiones, onirismo en tránsito permanente, convulsionados destellos de la imagen que evoca universos poéticos del siglo XIX, escritura estremecedora de

literatura y libros



los poetas malditos que hacen sangrar la mirada con hechuras de mundos alucinates, formas de un rechazo de lo inmediato en que se alegorizan elementos de la vida en constante negación.

Postura poética

Sobre el arte poético Mahfud Massís tiene una convicción profunda, y en su introducción a su libro *Elegía bajo la tierra* dice: "El poema es un desprendimiento de la materia esencial del artista, condicionada dialécticamente por el devenir histórico. Lo demás es colorismo abyecto. Rimbaud no abandonó la poesía: nadie podría hacerlo. Ella lo abandonó como la piel deja a la serpiente". Y más atrás dice: "Comprendo que es menos devastador trabajar en la anécdota sentimental, entre el in-

cienso y la dulce niebla subjetiva, o explotar el lunfardo de cierto arte social, tan productivo como el vientre de un gran cerdo rosado. No, yo opto por el hecho poético cruento, que persiste en la memoria con la violencia de su impacto emotivo".

El poeta reflexiona sobre su arte, y concluye en la afirmación que, de un modo rotundo, traduce el sentido de su propia poesía. Y en *El libro de los astros apagados* dice en *El desterrado*, su último poema: *Desenterrarán tus cartas, tus papiros helados. / Serás Osiris; se disputarán tu traje desolado. / Sobre tus infolios y tus manchas errantes: la leyenda. / Serás al fin un escriba serio, descomunal, recién afeitado. / Un júbilo de espadas cubrirá la entrada de ese otoño; / pero estarás dormido sobre la delgada alfombra, siempre sonriendo, / estólido, feliz, oyendo otro oleaje.*